

Capítulo 12

La mujer vestida del sol

([índice](#))

Apocalipsis 12:1-2: Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y gritaba con dolores de parto en la angustia del alumbramiento.

Difícilmente se encuentra en el mundo algo que supere en belleza a la mujer. Juan quedó deslumbrado cuando contempló en visión a esa dama encantadora. Su vestido era el más glorioso que mujer alguna haya vestido jamás, comparable en brillo al propio sol. Comparado con él, el mejor vestido de este mundo se convierte en harapos. ¿A quién representa?

El amor del hombre hacia su mujer constituye la experiencia más tierna y dulce. Dios ha puesto en nuestros corazones ese tipo de amor, lo que permite que comprendamos más fácilmente el amor que Jesús siente por su pueblo. “**Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella**” (Efesios 5:25). Ningún hombre se entregará a una mujer a menos que encuentre en ella esa otra mitad de su propio ser. Tal es el sentimiento de Jesús hacia su iglesia.

En la Biblia se representa la iglesia de Dios mediante una mujer. Jeremías la describe como “**la bella y delicada hija de Sión**” (6:2). Pablo la compara a “**una virgen pura**” (2 Corintios 11:2). El Cantar de Salomón cobra nuevo sentido cuando comprendemos que se trata del canto de Cristo a su esposa, la iglesia.

Así, una mujer pura representa en la profecía bíblica a la iglesia verdadera. Por contraste, una ramera es la representante de la iglesia caída en la apostasía (Apocalipsis 17:1-6).

“La luna debajo de sus pies” es una representación adecuada de la antigua era de la iglesia del pueblo judío, que vendría a ser la iglesia cristiana del tiempo del Nuevo Testamento. Las ordenanzas mosaicas reflejaban la luz del evangelio de forma comparable a como la luna refleja la luz del sol. La “corona de doce estrellas” sobre su cabeza se suele comprender como el ministerio de los doce apóstoles de la iglesia cristiana primitiva del Nuevo Testamento.

Apocalipsis 12:3-5: Otra señal también apareció en el cielo: un gran dragón escarlata que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas tenía siete diademas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciera. Ella dio a luz un hijo varón, que va a regir a todas las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.

Como de costumbre, la Biblia no deja a nuestra imaginación cuál es el significado del símbolo. El versículo 9 dice claramente que el “dragón” es “la serpiente antigua”, el “Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero”. Pero no se le permite venir en persona a nosotros para engañarnos o dañarnos. Necesita a alguien que actúe como su brazo ejecutivo a fin de lograr sus propósitos. Obra siempre mediante agentes humanos. Cuando procuró la muerte del niño Jesús justo después de nacer, ¿a quién utilizó para ese propósito?

Todo el que haya leído el relato de Mateo 2 sabe que actuó mediante el que era rey de Judea por disposición de Roma: Herodes el Grande. Mateo refiere cómo soldados romanos bajo la orden de Herodes fueron a Belén para matar a todos los bebés de menos de dos años. En aquel tiempo el “dragón” actuó mediante Roma pagana. Juan quiere que comprendamos que las “siete cabezas y diez cuernos” significan que ese “dragón” es el mismo poder representado por la “bestia” de Daniel 7:7-8, que también tiene diez cuernos. Innumerables asociaciones ligan Apocalipsis con Daniel. Cada uno de esos libros explica al otro.

Durante toda su vida en esta tierra Jesús sintió la fuerza de la ira del “dragón” contra él. Jesús sabía bien que detrás de Roma pagana había un poder mucho mayor que ella. La historia es un gran conflicto entre Cristo y Satanás.

Por extraño que pueda parecer, fue en el cielo donde comenzó el conflicto. Satanás no siempre fue el Diablo, el engañador. Había sido el “querubín grande, protector, yo [el Señor] te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad ... Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura” (Ezequiel 28:14-17). Satanás había gozado de la gloria estando en la posición más elevada que pudiera ocupar un ser creado dentro del gran universo de Dios. Respetado y alabado por miríadas de ángeles, había tenido por nombre Lucifer (Lucero): estrella de la mañana.

Pero se entregó al pecado estando arrodillado ante el propio altar de Dios. Codició ser lo que no era, quiso para sí un nivel más elevado de existencia que aquel para el que había sido creado. “¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu

corazón: ‘Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios [se trata del resto de ángeles, ver Judas 6 y 13] **levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo**’ (Isaías 14:12-14).

Lucifer se amó a sí mismo. Es por ello que el “yo” (no expresado pero sobreentendido) preside todo ese discurso. Deseó elevarse por encima de sus semejantes. Cuántos de nosotros hemos sido indulgentes con ese deseo pervertido desde que Lucifer inventó “**el misterio de iniquidad**” (2 Tesalonicenses 2:7): el nuevo principio del amor al yo.

No fue un asunto menor que el más exaltado de entre los seres creados iniciara una rebelión en el cielo. La envergadura de las acusaciones de Lucifer hacia Dios fue tal, que una tercera parte de los ángeles (“**la tercera parte de las estrellas del cielo**”) le siguió en su rebelión. Esos son ahora malos ángeles que procuran ejecutar las órdenes de Satanás y que han ido perfeccionando el arte de engañar. Son ellos quienes pretenden ser los espíritus de personas fallecidas, y obran milagros para lograr que adultos y jóvenes los sigan en su rebelión contra Dios (ver 2 Corintios 11:13-15; Isaías 8:19-20; Eclesiastés 9:5).

Apocalipsis 12:6: **La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser sustentada allí por mil doscientos sesenta días.**

Cuando Jesús, tras haber resucitado, “**fue arrebatado para Dios y para su trono**”, dejó en esta tierra a su pueblo. Cristo había vencido a Satanás, quien se airó. Sabiendo que Jesús amaba a su iglesia como la posesión más querida, Satanás encarriló su odio hacia ella

en la expectativa de seducirla y apartarla de la lealtad a Cristo, o bien si fallaba en eso, destruirla.

Tuvo éxito en seducir a muchos miembros faltos de conversión que profesaban seguir a Cristo, logrando que se apartaran de él. Pero no pudo seducir a quienes creían la palabra de Cristo. En consecuencia, se determinó a destruirlos.

Fue así como la verdadera iglesia de Cristo “[huyó al desierto](#)” en busca de refugio. Procedentes de todas las regiones de Europa acudieron grupos de personas a ese refugio situado entre las montañas del norte de Italia y sur de Francia. Uno de esos grupos se conocía como los valdenses. Sus casas e iglesias todavía pueden verse en los valles custodiados por las poderosas montañas de cumbres nevadas que mantuvieron a raya a los invasores, quienes los habrían destruido vez tras vez de no ser por la protección de la mano de Dios.

Fueron ellos los fieles cristianos que preservaron la Biblia para nosotros, con frecuencia al costo de su propia vida. Continuaron predicando el evangelio de Jesucristo durante la Edad Media perseguidos por la pobreza y la persecución. Esa era la verdadera iglesia en el “[desierto](#)”.

Antes de continuar estudiando la verdadera iglesia durante los siglos más difíciles, Juan dirige nuestra atención a la guerra en el cielo:

Apocalipsis 12:7-10: [Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces](#)

oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.

De la lectura de Judas 9 y Daniel 12:1 aprendemos que “Miguel” es el propio Cristo. Ese nombre significa “¿quién es como Dios?” A Cristo se le llama Dios en Hebreos 1:8. Sólo él puede llevar el nombre “Miguel”.

A muchos les sorprende descubrir que todas las guerras tuvieron su comienzo en el cielo, y que el propio Cristo peleó en la primera de ellas. Pero no debemos deducir que se tratara de guerras con armas blancas o armas de fuego. Fue una guerra de ideas: el bien contra el mal.

Satanás acusó a Dios de ser cruel e injusto hacia sus criaturas. Lo acusó de intentar mantenerlas sometidas para impedir que disfrutaran. Afirmó que la ley de Dios es una ley que esclaviza, y que cada uno debía sentirse libre de hacer lo que mejor le pareciera, servirse a sí mismo, exaltarse y ceder al egoísmo. Satanás se jactaba de poder gobernar mejor que Dios, y de que su plan traería mayor felicidad. Cristo sostenía que la ley del amor abnegado es el único camino a la vida y la felicidad.

Tal como hemos visto, un tercio de los ángeles siguió a Satanás en su rebelión. Dos terceras partes permanecieron fieles a Dios, y Satanás fue “expulsado” del cielo.

La Biblia relata que tentó a nuestros primeros padres. Eva resultó engañada (1 Timoteo 2:13-14), y Adán la siguió en obediencia a las sugerencias de Satanás (ver Génesis 3:1-19). De esa forma acogieron a Satanás, quien fue “arrojado a la tierra”, el hogar

perfecto y feliz de Adán y Eva hasta entonces. Desde ese momento Satanás usurpó el puesto de “[príncipe de este mundo](#)” (Juan 12:31).

Pero Satanás todavía no había sido confinado a esta tierra. En el libro de Job vemos cómo tenía acceso al “parlamento” del cielo, sin duda en calidad de “[príncipe de este mundo](#)”: el lugar que habría correspondido a Adán, quien debiera haber asistido como uno de los “[hijos de Dios](#)” si no hubiera vendido su posición a Satanás (ver Job 1:6-12). Satanás era el único rebelde en aquel concilio. El resto de “[hijos de Dios](#)” estaban observando cómo se desarrollaban sus planes en la tierra. ¿Podría realmente Satanás gobernar mejor que Dios? ¿Eran sus ideas superiores a la ley de Dios? El pecado era algo nuevo que nunca habían conocido. ¿Podría ser algo bueno?

Si es que sus mentes hubieran albergado un resquicio de duda, quedó más que resuelta cuando contemplaron a Satanás dirigiendo a sus siervos para que crucificaran a Cristo. El pecado había madurado hasta dar su funesto fruto. Cristo, habiendo tomado nuestra carne y naturaleza humana, había demostrado el amor abnegado de Dios, algo que Satanás aborrecía, y lanzó contra él su ira asesina. Si se le hubiera permitido, habría hecho lo mismo con el Padre, ya que Jesús dijo: “[El que me odia a mí, también a mi Padre odia](#)” (Juan 15:23). “[Todo aquel que odia a su hermano es homicida](#)” (1 Juan 3:15).

Cuando los “[hijos de Dios](#)” del universo no caído, junto a todos los ángeles leales vieron el significado del plan de Satanás, comprendieron por fin claramente lo que es el pecado. Es entonces cuando Satanás fue realmente “[lanzado fuera](#)”, y una voz proclamó desde el cielo: “[Ahora ha venido la salvación ... porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos](#)”. A Jesús lo sostuvo en la cruz la bendita seguridad de que “[ahora el príncipe de este mundo será echado fuera](#). Y yo, cuando sea levantado de la tierra,

a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:31-32). No solamente los seres humanos, sino los ángeles y los seres no caídos serían atraídos a él mediante su cruz. Todo el universo sería de nuevo reconciliado con Dios. Cuando Satanás crucificó al Señor fue demasiado lejos, hasta el punto de quedó sentenciada la derrota de su causa.

Pero no fue sólo Cristo quien derrotó a Satanás. Los seguidores de Cristo, débiles y pecaminosos como son, lo derrotan también. Mediante los ojos de la fe ven a Cristo crucificado. El amor de Cristo los motiva a negar su yo y a vivir para su Redentor. La crueldad de Satanás no puede apartarlos de su lealtad a Cristo. Satanás resulta así derrotado en todos los frentes. Observa el texto que sigue:

Apocalipsis 12:11: Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, que menospreciaron sus vidas hasta la muerte.

Es pecado creer que Satanás tiene mayor poder que Cristo, o más poder que tú si crees en Cristo. Los que aman sus vidas, los que se aman a sí mismos; quienes se aferran a la seguridad terrenal, están en realidad votando a favor del gobierno de Satanás. Pueden no darse cuenta de que lo están haciendo, pero cada rechazo a llevar la cruz donde el yo resulta crucificado con Cristo constituye una decisión a favor de Satanás y su rebelión. Cuando uno cree al evangelio, cree necesariamente en las buenas nuevas de que Satanás ha sido “vencido” y “expulsado”.

Cuántos hay que se doblegan humillados ante el poder de Satanás, rehusando creer que haya sido vencido. “¡No puedo hacer frente a su poder!”, se lamentan. De igual forma podrían clamar en pleno mediodía “es tan densa la oscuridad de medianoche, que no puedo ver nada”. Sólo el que decida permanecer ciego ante “el Sol de

justicia” (Malaquías 4:2) vivirá bajo la cruel oscuridad de Satanás. Caminemos en libertad y entonemos este himno: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45). “Jehová, ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, hijo de tu sierva. Tú has roto mis prisiones” (Salmo 116:16).

Apocalipsis 12:12-16: Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Pero se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila para que volara de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuera arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y se tragó el río que el dragón había echado de su boca.

¿Por qué no destruyó Dios a Satanás tan pronto como crucificó a Cristo, poniendo fin al conflicto entonces y allí? ¿Por qué se le dio otra oportunidad, aunque sea por “poco tiempo”?

Por tres razones:

(1) Tú y yo no seríamos realmente felices si no pudiéramos compartir la victoria de Cristo. “Al que venciere ... así como yo he vencido” (Apocalipsis 3:21) es una promesa preciosa de alegre compañía junto al Hijo de Dios. Si no tuvieras tú mismo una batalla que luchar y vencer, no serías mucho más que un vegetal redimido.

(2) Es de justicia que Satanás pueda tener la ocasión de comprobar si tú y yo hemos escogido realmente andar en libertad, o bien si nos

conformamos con la esclavitud y las tinieblas del pecado y la rebelión.

(3) Los que forman el pueblo de Dios han de venir a ser los habitantes de la Nueva Jerusalén, han de formar parte de la bella “**mujer**” a quien Jesús ama como a su esposa. El hombre que recibió una educación superior querrá una esposa que haya sido igualmente educada. Entonces ambos disfrutarán de la compañía del otro. Jesús resultó “educado” mediante su experiencia en nuestra carne, en la que derrotó a Satanás. Su iglesia resulta “educada” al “**participar de sus padecimientos hasta llegar a ser semejante a él en su muerte**” (Filipenses 3:10).

“**Tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo**” es la forma bíblica de referirse a tres años y medio. Contando doce meses por año, equivale a los mismos 42 meses (comparar con Apocalipsis 13:5, donde se menciona el mismo período). Teniendo cada mes 30 días, los 42 meses resultan ser 1260 años literales, el mismo período que apareció en el versículo 6 de este capítulo. Como veremos en el capítulo siguiente, es el mismo período que comenzó en el año 538 antes de Cristo, y terminó en el año 1798 de nuestra era.

El “**agua como un río**” que arrojó la serpiente para que la mujer “**fuera arrastrada por el río**” se puede referir a los ejércitos que repetidamente se dirigieron contra el pueblo de Dios durante esos años de oscurantismo y persecución. Puede también referirse a las muchas doctrinas ingeniosas cuyo origen está en el propio Satanás. La gran herramienta de Satanás es la falsedad.

Sea como fuere, lo cierto es que “**la tierra ayudó a la mujer**”, dado que aquella iglesia perseguida escapó a la destrucción. Los ejércitos de sus enemigos se volvieron en contra, y las doctrinas falsas

resultaron anuladas por la verdad que proclamaron hombres de Dios tales como Lutero, Wesley y otros.

¿Tiene Dios hoy una iglesia verdadera en el mundo? De entre los cientos de iglesias diferentes, ¿existe alguna a la que Dios llama “la mujer” en Apocalipsis 12?

Hay personas sinceras que sugieren que Dios no tiene una iglesia verdadera, sino que todas las iglesias son igualmente verdaderas, y que todos los caminos llevan al cielo al margen de lo que uno crea. Pero la Biblia es categórica: hay “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Padre de todos”, y “un solo cuerpo”, que es la iglesia (Efesios 4:4-6; 1 Corintios 12:12 y 28). Todo verdadero discípulo de Cristo se esforzará por encontrar esa iglesia verdadera de la que el propio Jesús es la Cabeza.

El ladrón no puede violar una buena cerradura. Sólo la abrirá la llave legítima que se diseñó para aquella cerradura. Apocalipsis 12:17 provee para nosotros esa llave que va a permitir encontrar a la verdadera iglesia en el mundo de nuestros días. Esa llave descartará las iglesias que no sean la verdadera. Sus puertas no se abrirán ante la llave de Dios. Hay una sola iglesia cuya cerradura responderá perfectamente a esa llave. Observa el texto que sigue:

Apocalipsis 12:17: *Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.*

Examinemos las cuatro características de la iglesia verdadera a la luz de ese versículo:

(1) Es una iglesia a la que el diablo aborrece. Podemos acudir a muchas iglesias, y el diablo no se opondrá. No se requiere sacrificio

alguno. No es necesario llevar la cruz. El mundo no se va a levantar en oposición.

(2) Enseña las mismas doctrinas que la “[mujer vestida del sol](#)” citada en el versículo primero de este capítulo. Dicho de otro modo: tiene la misma fe y enseñanza que la iglesia de los apóstoles. La iglesia verdadera es una a lo largo de toda la historia. El nombre que pueda ostentar una determinada iglesia hoy puede no significar más que una capa de pintura. Mira bajo la superficie e investiga la enseñanza y práctica de la iglesia que se refundó en la época de Jesús y sus apóstoles. Cuando vemos un tren entrando en un túnel, esperamos que sea el mismo tren el que sale por el otro extremo del túnel. Esa iglesia apostólica entró en el “túnel” al inicio de los 1260 años de persecución: “[huyó al desierto](#)”. Cuando emerge de nuevo a la vista del mundo, se tratará de la misma iglesia que la original en su fe y espíritu. Mantendrá el mismo cuerpo de verdad a través de los siglos.

La expresión “[el resto de la descendencia de ella](#)” se traduce como “[el remanente](#)” en otras versiones (KJV, por ejemplo). Significa “lo que queda”: los verdaderos descendientes de la iglesia apostólica, los auténticos seguidores de Cristo hasta el fin del tiempo. Cuando compras una pieza de tela del principio de un rollo, aprecias un cierto color, textura y patrón. Si regresas luego a comprar el “[resto](#)”, el “[remanente](#)” de tela del rollo, tendrá el mismo color, textura y patrón que la primera pieza. Muchas iglesias han añadido tantas enseñanzas tomadas del paganismo y las tradiciones humanas, que a los apóstoles les resultaría imposible reconocerlas.

(3) La verdadera iglesia es la compuesta por quienes “[guardan los mandamientos de Dios](#)”. Santiago afirma que si quebrantamos uno de los diez mandamientos, somos culpables de transgredirlos todos (Santiago 2:10-12). Por lo tanto, no se puede decir con verdad que

una iglesia esté guardando los mandamientos si guarda solamente nueve de los diez. La casi totalidad de las iglesias más populares del presente continúan en la transgresión del cuarto mandamiento, que dice: “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:8-11).

Todo el crimen, egoísmo e infidelidad que envenenan la sociedad de nuestros días son el resultado directo de la violación de los diez mandamientos. El sábado es el sello de esa ley santa.

Si se viola ese —o cualquier otro— mandamiento, es imposible la obediencia a los otros nueve, por el motivo de que desapareció el amor y la fidelidad a Dios. Guardar el sábado (el día que sigue al viernes) es tan importante como guardar los otros mandamientos. Dios los escribió todos ellos con su propio dedo. Y guardar los mandamientos de Dios es amar como Dios ama. “El cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). Por consiguiente, la verdadera iglesia de Dios es una iglesia que está llena del amor de Cristo, de amor supremo hacia Dios y de un amor como el de Cristo hacia el prójimo.

(4) La iglesia verdadera tiene “el testimonio de Jesucristo”. El propio Juan declara que se trata de “el espíritu de la profecía” (Apocalipsis 19:10). “A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas” (1 Corintios 12:28). El espíritu de profecía no murió con los apóstoles. Dios concedió ese don a su iglesia cuando subió “a lo alto” (ver Efesios 4:8 y 11), y ese don

habría de permanecer todo el tiempo con la iglesia hasta la misma venida de Jesús, ya que fue dado “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios” (Efesios 4:12-14).

Pablo escribió a la iglesia en Corinto, que “el testimonio de Cristo” acompañaría hasta “la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” “para que seáis sin falta en el día de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:4-8). El “espíritu de profecía” manifestado a la iglesia remanente es un don maravilloso; no obstante, no toma el lugar de la Biblia ni contradice sus enseñanzas, ya que “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1 Corintios 14:32).

Todo aquel que se entregue personalmente procurando ser un seguidor de Cristo será conducido a la iglesia verdadera. “Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; a esas también debo atraer y oirán mi voz, y habrá un rebaño y un pastor” (Juan 10:16).